

Prólogo: 1

Hay algo que intento recordar, pero se me escapa una y otra vez, entra y sale con sigilo de mi conciencia, como la luna que juguetea con las nubes. Se deja ver, reluciendo con crueldad, bello y perverso, y luego se escurre furtivamente, fuera del alcance de la vista, dando paso a la oscuridad y la confusión. Al miedo.

Quizá, si pudiese hablar con alguien...

Es domingo.

No sé muy bien por qué hablo a esta grabadora. Es de mi hija Emmy. A lo mejor sólo quiero hablar con alguien y no hay nadie. Ya no tengo amigas. Quizá nunca las haya tenido. No importa. Cuando pierdes a tu marido, pierdes a tus amigas. A lo mejor las he dejado yo. La vida cambia.

Pero necesito hablar con alguien. Creo que me pasa algo. No sé qué es. No sé en qué acabará. Quiero que alguien lo entienda. No estoy pidiendo perdón. Yo no me he perdonado a mí misma. Pero me gustaría que alguien lo entendiera.

Que alguien lo entienda podría ser la prueba de que he vivido. De que yo importaba. Estaba sufriendo. E importaba.

Yo, Anna.

1

Anna abrió los ojos. La luz desagradable y pálida se coló por los laterales de las persianas. Cerró los ojos con fuerza.

«Mierda. Sigo viva...»

Procuró concentrarse en sus dos grandes problemas. Uno: levantarse de la cama. Dos: decidir qué hacer después.

El nombre de Simon entró en su cabeza como una flecha. De repente. Como si hubiese estado acechando allí todo el rato, dispuesto a abalanzarse sobre ella.

Necesitó todas sus fuerzas... todo... para salir de la cama.

Las cortinas del salón estaban descorridas. Fue hasta la ventana. Iba a llover. Alguna criatura insensata había garabateado impetuosamente el cielo encapotado con un lápiz negro. En la calle desierta el viento empujaba un periódico. Rodaba y caía, resistiendo sin esperanza.

Echó las cortinas de brocado en color hueso, elegantes en su día. Se las había traído consigo de la otra casa. No quedaban bien en este salón, con el sofá-cama de Emily abierto y arrugado todavía.

El motor de la nevera de la cocina se paró. Al oír que dejaba de hacer ruido, se dio cuenta de que había estado funcionando. No había tomado conciencia de él hasta que se había detenido. Era el único sonido de la habitación.

«Se ha apagado el motor del mundo», pensó. Lo dijo en voz alta, para oír algo, y comprendió que hablaba sola. Cosa que la asustó.

Por el extremo de la cortina escudriñó la calle. Estaba va-

cía. Hasta el viento se había ido. Solamente quedaban las nubes amenazantes.

Quizá fuese el fin del mundo. Se echó a reír. El sonido pareció resquebrajar el silencio. No se movía nada en la habitación. Nada respiraba.

«A lo mejor me he muerto.» A lo mejor el accidente de coche de hacía dos meses había sido un éxito y estaba muerta.

No. No tendría esa suerte. Había platos en el fregadero. Los platos de Emily de la noche anterior. Y, en el suelo, unos tejanos y ropa interior de su hija, y un jersey. Cosas de Emmy.

«Aunque morir y llevarme conmigo la ropa sucia de mi hija es algo que perfectamente podría pasarme.»

La rodeaba la quietud: enorme, densa, la aislaba del mundo. No podía respirar. Trató de escuchar algún sonido: el claxon de un coche en la calle, un ligero chirrido de neumáticos, pasos en el recibidor. Era un edificio antiguo. Las paredes eran gruesas. Las ventanas estaban cerradas. No se oyó ningún sonido.

Quizás estuviese enterrada. Enterrada como los faraones, con sus pertenencias. ¿Enterraban a los faraones con los platos sucios?

El silencio se apoderó de ella, la inmovilizó. Se le ocurrió encender la radio y se estremeció al pensar en la alegría obstinada de los locutores, las voces alegres y enérgicas anunciando incendios intencionados, asesinatos, la inflación y la siguiente guerra mundial. La televisión... tal vez, aunque tendría que subirse al sofá cama. ¿Para qué?

Podía lavar los platos y hacer la cama. Pero eso siempre sacaba a Emmy de sus casillas.

—¿Por qué tienes que hacerme la cama? ¿Qué más da que esté hecha o no? ¿Quién lo ve?

—Yo lo veo. Da sensación de desorden. Es deprimente.

—¡Tú sí que eres deprimente! ¡Esa loquera estúpida no te ha servido de nada!

¡Oh, sí...! La loquera estúpida. ¿De qué le había servido? Bueno, había hablado mucho con Anna. La había hecho destinataria de toda la sabiduría de una treintañera liberada que prescindía del sujetador. «¡No hace *falta* que seas tú misma!» La pobre chica había abierto desmesuradamente los ojos. Anna temió que se le salieran las lentillas.

«Ese yo lleva treinta años casado con el mismo hombre. Toda la vida. Además, mi órgano también envejece...» Pero Anna no lo dijo. La loquera no lo habría oído. Estaban demasiado lejos la una de la otra.

Daba igual. Anna ya no era su paciente.

—No me importa hacerte la cama, Emmy.

—Pero ¡a mí sí! —gritaba su hija. Emmy no paraba de gritar últimamente. Antes se llevaban de maravilla.

El silencio se acercó con sigilo. Le subió por los tobillos, por las rodillas, por la garganta. Anna se ahogaba en él.

Se quedó inmóvil, el cuerpo rígido. Si permanecía quieta bastante rato, si no se movía, ¿se convertiría en piedra? Sería una estatua preciosa: una mujer de mediana edad, despeinada y con el camisón arrugado.

Lo que tenía que hacer era vivir «como si». Como si tuviese un motivo para desayunar, ducharse, vestirse. Como si eso importara.

El nombre de Simon se coló en su cabeza. Otra vez.

«¡Dios mío! ¿En qué me equivoqué?»

Prólogo: 2

Quiso llover durante todo el día. El cielo estaba oscuro. Cuando llueve se me cae el apartamento encima. Un apartamento de una habitación con un sofá-cama en el salón para Emmy y un espacio estrecho y sin ventanas como zona de cocina. No me acostumbro a vivir en un apartamento.

A última hora de la tarde no quedaba nada por limpiar ni ropa por lavar. No sabía cuándo vendría Emmy a casa, ni si lo haría. No está mucho por casa. Tampoco le gusta el apartamento. Supongo que yo no le gusto. Antes sí. Me echa la culpa a mí.

Poco a poco, el silencio fue retrocediendo. Eché un vistazo al almanaque metropolitano y encontré una fiesta. Una fiesta para solteros.

Cuando salí del apartamento lloviznaba, así que cogí el impermeable y el paraguas. Al llegar al puente llovía con tanta fuerza que no veía nada. El coche no paraba de patinar sobre las resbaladizas rejillas. Fantaseé con la idea de que un camión enorme perdía el control y se estrellaba contra mí, de que me golpeaba la cabeza en el parabrisas y mi coche se salía del puente, caía al río y yo me mataba. Pero sabía que no sucedería. No tendría esa suerte.

Me costó encontrar aparcamiento. Llevaba unos zapatos de tacón alto y puntera descubierta y se me mojaron los pies. El paraguas no era muy bueno. Era de plástico amarillo claro y barato. El bastón estaba astillado justo a la altura del mango. Tuve que agarrarlo del metal, por encima de lo astillado, en lugar de hacerlo por el mango, porque de lo contrario se bambo-

leaba y se volvía del revés. En las oscuras y mojadas calles de Manhattan tuve frío y miedo. Y estaba nerviosa. Siempre me ponían nerviosa estos encuentros para solteros y me enfadaba conmigo misma por acudir a ellos. Era una situación humillante. Cuando llegué a la fiesta, pregunté al hombre de la puerta si podía echar un vistazo dentro antes de pagar, pero me dijo que no, que no podía hacer eso. Había demasiada gente allí dentro, aseguró, y no podía permitir que hubiera personas entrando y saliendo sin pagar. Por eso supe al instante que la fiesta no debía de estar muy bien, porque de lo contrario no le habría importado que entrase a mirar. Entonces le pregunté qué proporción de hombres y mujeres había y me contestó que no lo sabía. «¡Es usted el que está aquí vendiendo entradas!», le dije. Me comentó que estaba demasiado ocupado como para fijarse en la gente que entraba. Yo repliqué: «Pero sabrá si son hombres o mujeres ¿no?»; me eché a reír porque me dio vergüenza parecer enfadada y añadí con coquetería: «Supongo que sabrá distinguir a los hombres de las mujeres».

Él dijo: «Vive la différence» y se rió; yo también forcé la risa para no parecer una amargada. Las mujeres amargadas no caen bien. «Habrás... mmm... unos cuatro hombres por cada tres mujeres o tres hombres por cada dos mujeres. Algo así. ¿Qué más da? El adecuado sólo puede ser uno.»

Desde luego, preguntas una estupidez y te salen con una mentira, Anna. Pero estaba lloviendo, el trayecto de vuelta era largo y ya me había maquillado. Además, ¿qué iba a hacer en el apartamento vacío?

Pagué los siete dólares, dejé el paraguas en el pasillo, al lado de unos cuantos paraguas más, y entré.

Estaba abarrotado de gente. Lleno de humo. Era un apartamento de una sola habitación. Una mujer visiblemente nerviosa pedía a todo el mundo que se secara las suelas de los zapatos fuera. La gorda de Louise estaba en el recibidor. Era una de sus fiestas. Louise organizaba muchas fiestas. Vivía en mi barrio, el

barrio en el que yo solía vivir cuando estaba casada y tenía la casa.

En el salón habría apretujados unos ocho hombres y cerca de treinta mujeres. Contra la pared había una mesa de bridge con una fuente de rodajas de pepino, unas cuantas zanahorias crudas, un plato de patatas fritas, una botella de cuatro litros de vino barato y otra grande de ginger-ale. Hielo no.

Me serví ginger-ale en un vaso de papel para poder tener algo en las manos mientras me dedicaba a observar.

No había mucho que ver. Era la misma escena de siempre. Nadie a quien realmente conociese de antes, pero a quienes podría haber conocido y sabía que me volvería a encontrar: los hombres, casi todos con sobrepeso, inspeccionaban la habitación con cara de dolor de muelas; las mujeres parecían solas.

Me fui al lavabo a peinarme. Era una táctica dilatoria antes de tener que hacer frente a la fiesta. El cuarto de baño estaba cerrado con pestillo. Esperé y luego llamé a la puerta. Oí risitas dentro, y voces, y al cabo de un rato salieron un hombre y tres mujeres, agarrados unos a otros y riéndose tontamente. Estaban colocados. El lavabo olía a maría. Me dije que los niños no tenían su monopolio, pero aun así no dejó de sorprenderme. ¿En serio no éramos demasiado mayores para aquello? ¿Para todo aquello? ¿Qué hacía yo ahí? ¿Qué hacían ahí todos los demás?

Me peiné deprisa y me miré en el espejo de la puerta del cuarto de baño. Me pregunté qué aspecto tendría. La verdad es que no lo sabía. Durante veintiocho años mi aspecto había dependido del criterio de Simon. Y ahora no sabía qué aspecto tenía.

Llevaba unos pantalones ajustados negros, un corpiño blanco, un cinturón plateado y pendientes de plata. Nada nuevo. Nada a la moda. Pero supongo que realizaba mi silueta. Supongo que no tengo mal tipo. Por lo menos gorda no estoy. Simon siempre detestó a las gordas. Tengo los ojos azules y el pelo ru-

bio. (Teñido. Hay que ayudar a la naturaleza.) Y arrugas. Tengo cincuenta años.

Volví a la mesa del aperitivo y me apoyé en el respaldo de un sofá intentando parecer alegre. Despreocupada. No inquieta. Ni desesperada. A los hombres no les gustaban las mujeres desesperadas. Por fin me lancé a abordar a un hombre. Le dije: «Hola, ¿es la primera vez que vienes?»

Le sobraban unos nueve kilos, llevaba gafas y tenía los dientes torcidos. Llevaba un traje de poliéster a cuadros que le sentaba fatal. Claro que si fuese guapo, rico, inteligente y encantador, ¿por qué tendría que ir a una de esas fiestas?

Le pregunté si estaba divorciado o viudo. Viudo. Me habló de sus hijos, de lo listos que eran, y me habló de su casa. Me lo contó todo sobre él sin hacerme una sola pregunta sobre mí. Básicamente yo hacía las preguntas y él respondía, es decir, que no estaba interesado en mí y yo debería haber cortado aquello antes. Había otra mujer que no paraba de interrumpir para hablar también con él, pero tampoco estaba interesado en ella. Entablar una conversación es difícil y más difícil es acabarla. Pero al final tiré la toalla y me fui.

Entonces llegaron dos hombres. Uno de ellos era alto y corpulento, y no lucía corbata. Llevaba un arrugado traje marrón oscuro al que le faltaba un botón. Tenía la cara y el cuello sudorosos y no paraba de batir los codos como si estuviese intentando que le entrase un poco de aire dentro de la chaqueta. Su camisa de nailon parecía mojada y la llevaba pegada a la piel. Su amigo era bajo y rechoncho, de mirada inquieta y cara de cerdito. No recuerdo cómo empezamos a hablar. Supongo que recurrí a mi estrategia habitual: «¿Es la primera vez que vienes?» O a algo igual de ocurrente. Dar palique no es lo mío. Me dijeron que acababan de llegar del Tuxedo Junction, en Long Island. Les dije que nunca había estado allí ni en ningún bar de solteros, que me daba demasiado miedo, y me contestaron que era como cualquier otro bar, abarrotado de personas que iban por

ahí escudriñándose unas a otras. Entonces les pregunté por qué habían venido esa noche, ¿ocurriría algo especial? Contestaron que era una de las paradas del camino.

Me imagino que harán muchas paradas. ¿Qué estarán buscando? Tienen más de cincuenta años, los dos, uno está divorciado, el otro nunca ha estado casado. Supongo que lo que buscan no les está buscando a ellos. El más bajito prácticamente no abrió la boca. Lo que hizo sobre todo fue mover la pierna mientras recorría la habitación con mirada analítica. El más corpulento dijo que era profesor. Le pregunté qué enseñaba y me contestó que arte. Le dije que me parecía interesante. Antes de casarme yo quería ser artista. Le costaba oírme. No había mucho ruido en la habitación. Supongo que no estaba escuchando. No paraba de decir: «¿Qué?» y de apartar la vista de su escudriñamiento. Yo repetía mis preguntas estúpidas y él farfullaba su respuesta. Dije al fin: «Si no te importa, me parece que voy a comer algo».

Junto a la mesa del aperitivo había un hombre delgado y calvo.

—No hay nada para comer. Sólo unas cuantas patatas fritas —dijo.

—Hace un rato había unas cuantas rodajas de pepino.

—Esta fiesta es muy cutre —comentó él—. En las demás te dan más comida. Por siete dólares deberían darnos más que un par de patatas fritas.

—Pero está lleno de mujeres guapísimas —dije.

—Como esa Louise no sirva algo más que esto, se cargará la gallina de los huevos de oro —dictaminó él.

Digamos que ahí se acabó el tema. Me fui. Se acercó otra mujer y él le transmitió sus quejas. Reparé en que el profesor de arte estaba hablando con una mujer morena que llevaba una escotada blusa de seda. Tenía el pelo negro, grueso y ondulado, que le llegaba a la altura de los hombros. Era más joven que yo. Guapa. Su blusa era cara. Se reían. Él no parecía tener problemas para oír lo que decía.

El lugar se había vaciado un poco. La gente se había ido a otros sitios. Había más fiestas. Bailes. Otros siete dólares, o diez, o más. Yo no podía permitirme ir a más de una fiesta. Y probablemente me encontraría a la misma gente que se había ido de ésta. Todos dábamos vueltas en círculo.

Louise se acercó y me preguntó si podía llevarla a casa. Le dije si había olvidado que yo no vivía ya en su manzana. Yo vivía en Queens. Me dijo que tampoco tenía que desviarme tanto, diez minutos. ¿Y qué prisa había por llegar a casa? «¿Qué te espera ahí?»

En realidad, eran veinte minutos. Veinte de ida y otros tantos de vuelta. Pero ella tenía razón: no había ninguna prisa. No había nada esperándome.

Le dije que muy bien, pero que quería irme muy pronto. Estaba cansada. Ella me preguntó si podía esperar hasta las 10.30. En ese momento eran las 9.30. No me hizo mucha gracia. La verdad es que tenía ganas de irme ya y sabía que cuando ella decía 10.30, en realidad eran las 11.30 como muy pronto, porque siempre se quedaba hasta el final. Es su fiesta. Consigue que otras personas le dejen su casa a cambio de un tanto por ciento del dinero de las entradas.

Apareció una treintañera gorda, que exclamó:

—¡Qué aburrimiento de fiesta!

—Sí —afirmé.

—Es realmente aburrida —repitió.

Estuve a punto de volver a decir que sí, pero pensé en ello y dije:

—No es aburrida. Es decepcionante.

—Si en este tipo de sitios —replicó ella, molesta— esperas encontrarte un caballero montado en un corcel blanco, te llevarás un chasco seguro.

—Fuese del color que fuese, un corcel desentonaría en este apartamento —comenté.

Ella me fulminó con la mirada.

—Está bien reírse de las propias bromas.

Si yo no me reía, ¿quién iba a hacerlo? Hubo un tiempo en que Simon me consideraba divertida. ¿Por qué hoy pensaba tanto en él?

—¡Es todo tan absurdo! —exclamó la joven.

—Así es la vida —dije con dulzura, porque me daba lástima.

Ella se giró y se fue airada. La observé. Iba bien vestida: tejanos pitillo de marca, blusa de seda, zapatos de tacón alto con plataforma y pendientes de aro. Pero el conjunto no le quedaba bien. Algo fallaba. Era como si alguien la hubiese vestido con ropa de su talla pero que no era suya. Un disfraz para una obra en la que a ella le habían dado el papel equivocado. ¿Tenía yo ese aspecto?

Noté que alguien me rodeaba con el brazo y me tocaba con disimulo la parte inferior de los senos. Me volví. Era Hy. Me aparté.

—Hola, Hy. ¿Qué tal estás?

—Bien. Fenomenal. ¿Y tú, Alice?

No lo corregí. Por lo menos, había acertado la inicial del nombre. Inexplicablemente, pensé en el juego de pelota al que las niñas solíamos jugar de pequeñas: «A», me llamo Anna, mi hermana se llama Alice, somos de Alabama y vendemos albaricoques; «B», me llamo Bertha, mi hermana se llama Betty, somos de Birmingham... ¿Estaba dándome un ataque de histeria?

—¿Qué tal está tu amigo Sam? —pregunté.

—Ha conseguido un buen empleo en Massachusetts y se ha ido a vivir allí.

Sam me había dicho: «Si esto se queda en un polvo de una sola noche, la culpa será tuya, Anna». Todo lo demás es por mi culpa, ¿por qué no también esto? ¿Cómo dices a un hombre que no te gusta a qué sabe su boca?

—Salúdalo de mi parte. De parte de Anna. Dile que Anna le manda un saludo.

Pero Hy se había ido. Daba igual. Volvería a verlo. Aparecía en todas partes. Tenía esta fijación con los senos. Siempre intentaba tocarlos. Al principio no te dabas cuenta. Se sentaba a tu lado o se colocaba de pie cerca de ti, demasiado cerca, y hablaba y movía las manos, y éstas te rozaban, y luego volvía a hacerlo. Sólo te dabas cuenta cuando te apartabas y sus manos te seguían. Tendría unos sesenta años. Quizá más. De aspecto distinguido. Pelo canoso. Bajo y fornido. Estatura mediana. Bien vestido. Organizaba encuentros de solteros para diversas organizaciones benéficas. Fiestas caras. De veinticinco o treinta y cinco dólares. Yo no podía pagar eso.

Para entonces el salón se había vaciado bastante. Louise estaba hablando con unas mujeres cerca de la puerta, sin hacer ademán de irse. Yo localicé una silla y me senté, y de nuevo pensé en irme a casa. No era una idea emocionante. Ni más lógica que la de quedarme ahí.

Entonces entró un hombre que se sentó en una silla al otro lado de la habitación y encendió un cigarrillo. Era más bien menudo y muy delgado, y llevaba unos tejanos de marca ceñidos. Su pelo crespo y cano peinado hacia atrás le llegaba hasta el cuello de la camisa. Mientras encendía el cigarrillo levantó la vista. Tenía la mirada inquieta.

Había algo en él que me resultaba familiar. Le sonreí. Él me devolvió la sonrisa. Tenía una sonrisa pícara e ingenua; las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, su boca dibujó una media luna.

Se levantó y yo me eché a un lado para hacerle sitio en mi sillón. Era un sillón grande. Había sitio de sobra para los dos. No lo había visto nunca. No lo conocía de nada. Pero me resultaba familiar. Le dije, y no por decir, que me sonaba.

—Sí —aseguró él con asombro, alargando la palabra—. Sí, tío. Tú también me sueñas...

—Parece una frase hecha, ¿verdad? —Me eché a reír.

—No..., tío, no... —Él sonrió. Mantuvo la sonrisa en el ros-

tro durante bastante rato, como si estuviera posando o esperando algo. Me pregunté si lo habría conocido antes de hacerse la rinoplastia—. Tengo que dejar de decir eso —dijo—. Tengo que dejar de decir «tío» todo el rato.

—No me había dado cuenta —repuse.

—¿En serio?

—No pasa nada —le confirmé.

Le sonreí, me sonrió, me recliné, lo miré, me miró y empezó a dolerme la cara de tanto sonreír.

—¿Es la primera vez que vienes? A estas fiestas... me refiero —le dije.

—He ido a algunas...

Apartó la vista. ¿Nos avergonzábamos todos de estar ahí?

—¿Vives en Manhattan? —le pregunté.

—Sí, sí, claro. En Manhattan. ¿Dónde si no? —De nuevo había clavado los ojos en mi rostro. Los tenía ligeramente rojos—. ¡Qué guapa eres! —declaró—. Eres muy guapa, tío...

—Gracias. —Lo dije de corazón.

—¿Tu apartamento es bonito? —le pregunté.

—Precioso. Tengo unas vistas estupendas del río, aunque sólo estoy en la novena planta, no en el ático.

—Así es más fácil si el ascensor se estropea —comenté.

—Sí. —Me miró pensativo, meditabundo. Entonces sonrió con aprobación. Yo le devolví la sonrisa.

—Me encantaría venir a vivir a Manhattan, pero es demasiado caro.

—Mi piso no. Es de renta antigua. Seiscientos ochenta y cinco dólares al mes. Pero están hablando de pasar el edificio a régimen de cooperativa y que los propietarios se conviertan en socios accionistas. ¿Sabes cuánto costaría entonces el apartamento? Cien mil dólares. Aunque me harían un descuento por vivir ahí. Sesenta mil. Podría venderlo al día siguiente por cien mil dólares. Cuarenta mil de beneficio en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y dónde vivirías entonces?

—Lo sé —suspiró—. Lo sé. —Su sonrisa ingenua le iluminó la cara—. Y tampoco tengo los sesenta mil dólares. —Encendió otro cigarrillo—. Mi hijo acaba de venirse a vivir conmigo, ése es el tema. Quiero decir que sólo hay una habitación. Pero no podía decirle que no.

—Por supuesto —aprobé.

Estábamos hablando. Hablando de verdad. Era una conversación en dos sentidos. Él no parecía aburrirse. Yo sentí alivio y gratitud. Estaba emocionada. Me recliné en el enorme sillón. Él se sentó de cara a mí, con las piernas enroscadas. Me estaba escuchando.

—Estás divorciado —dije.

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Me han dado el divorcio este año, pero llevamos ocho años separados. ¿Y tú?

—Casi dos años. Ocho años solo es mucho tiempo.

—He tenido dos relaciones —confesó.

—¿Relaciones importantes? —No me oyó. Quizá no lo dije.

—Yo sólo tengo relaciones —continuó—. No me dedico a ligar. Solía hacerlo cuando estaba casado, ahora ¡nunca!

—¡Ya! —exclamé compasiva. Me pregunté qué hacía yo ahí. ¿Por qué estaba hablando con ese hombre?

—Terminé mi última relación hace unos cuantos meses. Cuando me concedieron el divorcio.

—Ella quería casarse —le dije.

—Sí. —Sonrió—. Pero había más cosas. Me refiero a que nos gustaban muchas cosas del otro y muchas otras no. Vaya... que éramos realmente diferentes. Pero me cae bien. Es artista. Seguimos siendo amigos.

—¿También eres amigo de tu mujer?

—No, a ella la odio con ganas. Es que... está amargada.

—¿Te has quedado tú a los niños?

—No, qué va. Pero mi hijo decidió hace unos meses vivir conmigo. No se lleva bien con su madre.

—Porque no lo entiende —apunté—. Está chapada a la antigua.

—Sí. —Él sonrió—. Sí... —Su sonrisa, su alegre sonrisa, le iluminó la cara.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sillón y cerré los ojos. Pensé en irme a casa.

—Larguémonos de aquí —propuso él.

Yo titubeé. Pero él se había puesto de pie. Yo también me levanté.

—He prometido llevar a alguien a casa —farfullé.

Él no me oyó.

—¿Dónde vives? —me preguntó.

—En Queens —contesté. Entonces dije—: Antes tenía una casa.

—Yo también —comentó él—. Cuando estaba casado. Se la quedó mi mujer.

—¿No peleaste para quedártela tú?

—Estaba a su nombre por temas económicos. En cualquier caso, no quise alterar demasiado las vidas de los niños.

¡Oh, por favor, acepta el Premio al Padre del Año! ¿Qué estaba haciendo con ese hombre? Se puso la chaqueta. De cuero marrón. Llevaba unos tejanos de marca ajustados, camisa vaquera, botas marca Frye. El pelo bastante largo. ¿Ninguna cadena de oro? ¡Su uniforme está incompleto, soldado! ¡Dos puntos menos!

Cogí mi impermeable de popelina rojo. Reparé con pesar en que en la parte inferior una línea marcaba el lugar por donde había alargado el dobladillo.

El apartamento estaba casi vacío. La mayoría de la gente se había ido con su decepción a otra parte. Sólo quedaban unos cuantos grupos de mujeres charlando.

Louise estaba en el recibidor abierto hablando con dos hombres que debían de haber llegado tarde.

—Louise —le dije—, vuelvo enseguida.

Ella no respondió. No estaba segura de que me hubiera oído. Aunque creo que me vio, y parecía enfadada. No estoy segura. Tal vez ni me viera. Parecía más interesada en los dos hombres. Tal vez sólo me sintiera culpable y avergonzada. Me pregunté si debería irme con ese hombre. Me pregunté si volvería a tiempo para llevar a Louise a su casa.

—¿Has venido en coche? —me preguntó el hombre en el ascensor.

—Sí, ¿y tú?

—No. Tengo coche, pero está en el garaje. Es un rollo sacarlo. He venido en taxi.

La luz del ascensor era muy fuerte. Hizo que me sintiera desnuda. Tuve la sensación de que podía verme todas las arrugas. También él parecía incómodo, lo que mejoró mi imagen de él.

—Ha parado de llover —me dijo fuera.

Eso me recordó que me había dejado el paraguas. Me planteé no volver a por él. No quería importunar a ese hombre, ese extraño, pidiéndole que me esperara. Pero había perdido tantos paraguas aquel año... Y guantes. Ya podía oír a Emmy diciendo: «Si estás tan preocupada por lo peladas que estamos porque papá no nos pasa dinero, ¿por qué no dejas de tirar el dinero perdiendo paraguas, guantes y yo qué sé qué más?» Y maridos. Ella había omitido eso. ¿Cómo es posible que no hayas sido capaz de retener a tu marido? Ella me culpa, lo sé. He perdido a su padre y a ella le he destrozado la vida. Las hijas suelen culpar a las madres.

Le comenté que tenía que volver a buscar el paraguas. Estaba en el tercer piso. Era más fácil y más rápido subir a pie que esperar el ascensor. Subí andando. Me fijé en que Louise seguía en el recibidor.

Volví a la calle, jadeante y sudando. Me sorprendió ver que él me estaba esperando. No sé si me gustó o me llevé un chasco.

La lluvia había cesado, pero hacía viento y frío. Pisé un charco helado. Anduvimos deprisa, sin tocarnos, con un viento de cara que ululaba. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué me iba con ese hombre? Nos pasamos el coche de largo y tuvimos que dar la vuelta y volver a buscarlo.

—Es que me confundo —aclaré—. No hace mucho que tengo este coche. Tuve un accidente con el anterior hará un par de meses.

—¡Qué pasada! —exclamó él—. ¡Eso sí que es una pasada!

Abrí la puerta del pasajero y él se metió en el coche. Yo lo rodeé hasta el asiento del conductor. Me pregunté si él alargaría el brazo para abrirme la puerta desde dentro. No lo hizo. Mientras intentaba meter la llave en la cerradura pisé otro charco.

Siempre podía dejarlo en su apartamento, decir: «¡Buenas noches, tío! Ya nos veremos...» e irme a casa. ¿Para qué?

Si no encontraba aparcamiento enseguida, haría eso. Me iría. Pero hallé un hueco justo delante de su edificio. Fue como un presagio.

Había empezado a llover de nuevo. Cogí mi paraguas. En la portería, él saludó con la mano al portero, que estaba detrás de su mostrador, y continuó andando. El portero no me miró. La portería estaba deteriorada, el ascensor también. La moqueta del estrecho pasillo de arriba estaba desgastada y manchada. Parecía la moqueta de un motel de puertas giratorias. ¿Se me habría escapado el letrero que decía: HABITACIÓN LIBRE. CAMA DE AGUA. TELEVISOR EN COLOR?

La puerta estaba descascarillada. En el momento de abrir las dos cerraduras, él farfulló algo acerca de que le disculpara el desorden; desde que «esta» mujer no venía, el piso no estaba en condiciones. No supe a qué mujer se refería, si a su segunda relación o a la mujer de la limpieza. A lo mejor eran la misma

persona. A los hombres les interesa que las mujeres se liberen únicamente en la cama. Para todo lo demás las quieren ancladas más o menos en 1890.

Nada más abrir la puerta se obtenía la vista del río. Solamente se veía el río. Nada especial. Agua, luces y coches en la autopista de al lado. Era más bonito que el patio al que daba mi apartamento, naturalmente, pero no tenía nada especial. Nada que ver con asomarte a la ventana y ver tu propio césped con un antiguo y enorme sicómoro; y en primavera, forsitias, lilas, azaleas y jacintos; y en verano, rosas.

Su hijo salió por una puerta que había a la derecha. Iba en calzoncillos nada más. Era rechoncho y de piel muy blanca. A juzgar por su aspecto, probablemente comiese demasiadas porquerías. Al verme su cara fue de culpabilidad, se apresuró a decir: «Ya me voy. Casi estoy listo» y corrió de nuevo a la habitación antes de que yo pudiese decir nada, antes de que pudiera disculpar mi presencia y marcharme.

Dejé el paraguas en un rincón cerca de la puerta y caminé hasta la ventana. Volvía a llover con fuerza. Me fijé en los coches, que corrían con determinación en la noche oscura y lluviosa. De lejos, los coches siempre parecían circular con determinación, como si fuesen hacia algún sitio importante. ¿Cuántos de esos conductores eran neurocirujanos que corrían a salvar la vida a alguien? ¿Cuántos iban de cabeza a engañar a sus mujeres?

Él había colgado nuestros abrigos y estaba trajinando en la cocina, básicamente abriendo armarios y cajones, y volviendo a cerrarlos. Me preguntó qué quería beber.

—¿Licor de crema de huevos? —mascullé esperanzada.

—¿Qué?

—No has vivido nunca en Brooklyn.

—¡Oh, sí... sí... toda mi vida, tío! Hasta que me separé. Vivía en Flatbush. Veamos qué tengo por aquí... —Por lo visto había encontrado el armario donde guardaba el alcohol, un ar-

mario metálico que estaba debajo de un horno tostador lleno de manchas que parecía estropeado.

—Vino blanco —pedí. Sé lo que está de moda.

—Vino blanco —repitió él, pensativo. Se quedó mirando al armario. Parecía nervioso, confuso. Entonces sacó una botella y en otro armario encontró una copa de vino.

El vino sabía a vinagre. También me pareció detectar un sabor a polvo. El pie de la copa estaba sucio. Copa en mano, él se sentó a mi lado frente a la mesa y me preguntó solícitamente si el vino estaba bien. ¿Me gustaba? Le dije que estaba bueno.

Su interés me conmovió. ¿Por qué me da vergüenza reconocerlo? Lo agradecí. Hacía mucho tiempo que...

Él sonrió, sus labios dibujaron un semicírculo. Se inclinó hacia mí. Nuestras rodillas se tocaron. Me arrancó de la blusa la tarjeta con mi nombre como si abuyentase un insecto y sonrió alegremente, satisfecho. De pronto, sentí vergüenza.

—Anna —dijo, y volvió a sonreír como si hubiese hecho un gran truco.

Él no llevaba tarjeta. Y yo no sabía cómo se llamaba.

Era pasmoso: no sabía cómo se llamaba. ¿Qué caray estaba haciendo ahí?

¡Venga ya, Anna! Ya sabes para qué estás aquí. Para no estar sola. Te sientas al lado de alguien y vuestras rodillas se rozan; sientes el contacto físico con alguien. Una persona te sonríe y durante ese instante su sonrisa difumina las patéticas arrugas del contorno de tu boca. Oyes una voz humana, no el sonido electrónico que sale de la tele, dirigiéndose a ti, a ti personalmente, sólo a ti.

Compadecerte de ti misma, eso es lo que estás haciendo, Anna, y la sensación es fabulosa.

Le pregunté cómo se llamaba y él respondió: «George», con sorpresa, como si ya me lo hubiese dicho, y yo me reí y dije: «¡Sí, es verdad!», como si lo hubiese olvidado momentáneamente.

—¿Cuánto duró tu matrimonio, George?

—Veinte años. ¿Y el tuyo?

—Veintiocho. ¿Y tu mujer ha criado sola a los niños?

—Se le dio mucha pasta.

—¿Ah, sí?

—Yo tenía mucha pasta. En aquella época me sacaba entre setenta y ochenta mil dólares. —Me sonrió de nuevo. Su cara se iluminó como si hubiese encendido una luz en su interior—. Tenía mi propia empresa. Era contable. —Hizo una pausa, una pausa dramática—. ¡Contable! ¿Te lo puedes creer?

—Pues no, en absoluto —contesté. Pero me lo creía, sí. Simon era contable.

Volvió a sonreír, orgulloso de la sorpresa que creía haber producido en mí.

—Pero ahora las niñas ya no viven en casa —comentó—. Stevie está conmigo, y dejé de pasarle dinero. La muy cabrona me demandó.

—Le dijo al juez que no tenía oficio ni beneficio. Que se había casado nada más terminar el bachillerato, porque estaba muy enamorada de ti —me adelanté yo—. Que tuvisteis hijos enseguida, que se ocupó de la casa y no tenía manera de ganarse la vida.

—Sí... —Él suspiró—. Contraté un abogado. No te creerías el dineral que me ha costado. Tendré que pagarle durante años.

—Pero no tendrás que darle dinero a ella —puntalicé—. Has ganado. Los tribunales han cambiado. Ya no dan todo a las mujeres.

Él sonrió, parecía muy ufano. A mí se me escapó una risita. Era mejor que chillar.

Su hijo volvió a entrar en el salón. Llevaba una camiseta con grandes letras negras que decían GODIDO. Pensé que el chico no sabía escribir bien y reprimí otra risita. Supongo que se me estaba subiendo el vino a la cabeza.

El chico pasó por delante de nosotros en dirección a la cocina. En el dorso de su camiseta había un dibujo de una planta de marihuana. Su cuerpo parecía de plastilina, esponjoso, como si uno pudiese hundir un dedo en cualquier parte del mismo. Lo que necesita es hacer flexiones, no MARÍA. Pensar eso me hizo sentir mejor.

Él intentaba evitar mirar hacia nosotros. Entró en la cocina, rebuscó en un armario y apareció con un pulverizador de plástico blanco y parte superior roja, la clase de utensilio que uno emplea para rociar la ropa al planchar. Lo llenó de agua y se roció el pelo. Tenía el pelo crespo, largo y moreno, fino y de aspecto sucio.

Le pregunté qué hacía, principalmente para entablar una conversación. Me dijo que estaba humedeciéndose el pelo.

—¿Para qué? —repliqué.

—Para que se me rice —me respondió.

—Hace frío fuera. Si sales con la cabeza mojada, te resfriarás —comenté, consciente de que no era asunto mío. Pero era un adolescente. Tendría dieciséis o diecisiete años. Y yo era una agonías.

No contestó. Dejó el pulverizador de plástico y se abuecó el pelo con los dedos, y luego rebuscó un rato más en el armario y extrajo una caja de zapatos.

—¿George? —lo interpeló levantando dos dedos. Su padre asintió, el muchacho dijo—: Gracias. —Y se fue.

George lo acompañó hasta la puerta y la cerró con fuerza.

—No sé qué le pasa a la cerradura, pero no cierra bien —comentó.

Me sentí culpable; el chico se había ido debido a mí.

—¿Adónde va? —pregunté.

Parecía distraído.

—Con un amigo... —insinuó. Había acabado su copa. Dio unos golpecitos en la mía.

—No, gracias —le dije.

Se acercó al armario de la cocina y volvió con la caja de zapatos. La dejó encima de la mesa y la abrió. En su interior había un paquete rectangular envuelto en papel de aluminio, aproximadamente del tamaño de una barra de margarina. Lo levantó y lo toqueteó, palpándolo, con aspecto serio. Entonces sonrió, satisfecho.

—Esta mierda es buena —concluyó—. Limpia. Vale mucha pasta.

—¿Cuánto?

—Un par de billetes, quizá tres. Vaya, que es muy limpia, tío... —Sonrió otra vez—. Podría darme mucha pasta.

—Pues véndela —le dije.

No me oyó. Volvió a meter el paquete en la caja. Ésta contenía otro paquete envuelto de cualquier manera en papel de aluminio y un tercero de papel de fumar Bambú. La base de la caja tenía unas cuantas hojas diminutas marrones grisáceas. Sacó un par de papeles del paquete de Bambú y abrió el envoltorio medio suelto de aluminio. Contenía las mismas hojas diminutas que cubrían la base de la caja. Con cuidado y precisión, espolvoreó el papel con unas cuantas hojas, lo enrolló y giró los extremos para cerrarlos. Yo lo observé. Nunca lo había visto hacer de cerca. Observé con fascinación, miedo y culpa. Me sentí como si tuviese una cascada en mi cabeza, cuyas aguas corrían y martilleaban... con un rugido aterrador. Tengo cincuenta años. Era la primera vez que estaba cerca de lo que todo quinceañero norteamericano es alentado a aceptar con normalidad. Era un estilo de vida. El Gran Analgésico. Había visto a adolescentes drogándose en las calles de Manhattan mientras policías aburridos miraban hacia otra parte.

—¿Tu hijo sabe que tienes esto? —le pregunté.

—Sí, lo compartimos. Puede coger cuando quiera, siempre y cuando me avise. Ha cogido dos porros al irse. —Levantó dos dedos, como el chico había hecho, y me dedicó su sonrisa pícaro—. Somos amigos. Por eso no puede vivir con su madre.

Tracé en el aire un cuadrado con los dedos y él sonrió.

—Sí, es muy estricta...

Empezaron a temblarme las manos. Para disimular cogí las copas vacías, las llevé al fregadero y las lavé, dejándolas en el escurridor para que se secaran. Tanto el fregadero como el escurridor estaban llenos de platos. Cuando volví al salón, él me ofreció el porro. Titubeé y comprendí lo que debían de sentir los jóvenes. Si no lo aceptaba, cogería el abrigo y me iría a casa. Al silencio.

Lo acepté. El sabor persistente de la copa polvorienta y sucia en mis labios me produjo un ligero mareo. Eso y la culpabilidad. Y el asco. Y la curiosidad. Empezó a dolerme la cabeza.

¡Qué bonitas eran las rosas de mi jardín! Les había dedicado muchísimas horas. Cuando perdí la casa, las arranqué y las tiré. Fue como matar a un hijo.

Simon dijo que era una mezquindad. «Tu madre es mezquina —dijo a Emily—. Una mala pécora de valores burgueses.» Es cierto, Simon. Tengo valores burgueses. Aun cuando no pueda permitírmelos. Había intentado suicidarme. En el coche. ¿Qué había más burgués que el suicidio?

George encendió el porro. Di una fuerte calada como había visto hacer en las películas. En todas esas películas explícitas de las que los chavales podían aprender. Y esperé. No pasó nada. Seguro que lo estaba haciendo mal.

—No te lo creerás, George, pero es la primera vez que fumo maría.

—¡No jodas!

Asentí con la cabeza.

—¡Joder, tío!

Me sentí abochornada, como si aún fuese virgen. A los cincuenta.

—Chupa fuerte —me dijo—. Trágate el humo y déjalo dentro. No es como un cigarrillo.

¿Estaba dispuesta a decirle que tampoco fumaba cigarrillos?

Vi cómo daba una calada. Con fuerza, despacio, con tranquilidad.

—Te habrá bajado hasta los dedos de los pies —comenté.

Él asintió y me dedicó su sonrisa de media luna. Volví a probarlo, chupando con fuerza. Despacio. ¡Todo tuyo! ¡Ale-hop! Por un mundo feliz. ¡Así se hace, nena!

Aguardé, esperando notar algo. Esperando flotar. Fuera las preocupaciones. Fuera los miedos. Fuera Simon acechando desde las sombras de mi mente. Di otra chupada, desesperadamente. El hombre que estaba frente a mí sonrió y asintió, alentador. George. Se llamaba George. En ocasiones recuerdo su nombre.

De repente se levantó y cogió un clarinete de la estantería que dividía la zona de la cocina del salón. Lo acarició de punta a punta. Era negro y plateado. Se humedeció los labios, se metió la boquilla en la boca y lo levantó hacia arriba mientras flexionaba las rodillas. Yo lo observé, esperando el glorioso sonido. Él sopló y se oyó un chirrido brusco. Sonrió y me pregunté qué habría oído él.

—¿Te gusta la música? —me preguntó—. Mmm... —Estaba tratando de recordar mi nombre.

—Anna —le recordé. Entonces me eché a reír, estaba mareada—. No, llámame... déjame ver... algo en italiano... algo musical y alegre... Allegra. Me llamo Allegra.

—¡Vaya, tío! —Dio una fuerte calada al porro y se acercó el clarinete a los labios como si fuese a tocar, pero entonces bajó el instrumento y dio otra larga chupada.

Yo me reí como una tonta. Me pregunté cuándo le daría una calada al clarinete y soplaría el porro. Fue de nuevo hasta la estantería y rebuscó entre algunos discos.

—¡Tienes que oír esto, tío! Jimmy Giuffre. Es el mejor clarinetista que hay, tío. ¡El mejor!

Puso el disco en el plato y se quedó escuchando mientras se balanceaba al ritmo de la música. Se llevó el clarinete a los labios varias veces, como si fuese a acompañar la música, los ojos

cerrados, las rodillas flexionadas, la cabeza hacia atrás, el clarinete hacia arriba. Erecto. Entonces sonrió, bajó el instrumento y, por el contrario, dio una fuerte calada a su porro. Yo di otra chupada. Lo hice. Me tragué el humo y lo retuve dentro.

George dejó el clarinete encima de la mesa y se quitó la camisa. Tenía el pecho muy blanco y sin vello. Huesudo. Me levanté, dejé que sus brazos me rodearan y empecé a bailar.

—Te gusta bailar —me dijo encantado.

—¿Y a ti?

—Sí. Ya lo creo que sí, tío.

Pero no sabía bailar. Nos balanceamos juntos unos cuantos minutos. Luego me solté y me alejé bailando sola. Él me observó, admirado. Se acercó el clarinete a los labios y al soplar salió un ronco bocinazo.

—Canta, Giuffre... canta, tío...

Sólo que no era Giuffre quien cantaba ni un clarinete lo que sonaba. Era Thelonius Monk tocando «Blue Monk», con Art Blakey en la batería y Johnny Griffin al saxo tenor, y había una trompeta y un contrabajo. George no distinguía un saxo tenor de un clarinete. No se lo dije. No tenía importancia. Di otra calada y dejé que mi cuerpo se moviera. Me saqué el cinturón plateado y lo tiré al sofá. El problema eran los pantalones. Se me había roto el cierre y me los había abrochado con un imperdible. Tardé un poco más en sacármelos. Mis manos querían moverse y balancearse. Bailar. No entretenerse con un imperdible. Lo abrí y lo dejé en la polvorienta mesa redonda de cristal negro que había delante de los sofás. Eran muebles modulares de pana gorda colocados en ángulo recto. Tiré los pantalones encima de un sofá deslizándome alrededor de la mesa y volví hacia George. Nuestros dedos se rozaron. Sostuvo el nuevo porro a la altura de mis labios y di otra calada, y luego otra, con avidez, y me alejé flotando. En un extremo había un puf del tamaño de una cama doble, de piel sintética morada. Y enfrente de éste, al otro lado de la ventana, un piano de media cola. La

madera de la tapa del piano estaba astillada. En la ventana no había cortinas ni visillos, únicamente unas cuantas plantas, la mayoría de ellas muertas. Colgaban del techo, frente a ella, a intervalos y alturas irregulares.

Me saqué los zapatos. La alfombra de lana escandinava era basta y áspera. Pensé que me haría carreras en las medias. Volví a ponerme los zapatos, sin dejar de bailar. Me sentía atractiva, sexy. Sandalias negras de tacón alto, de un material sintético que imitaba la piel de cocodrilo. Medias negras; corpiño blanco. Todo sintético.

—Estoy hecha de material sintético —declaré.

—¡Vaya, tío...! —dijo él, mirándome, y dio otra chupada.

Se deshizo de sus tejanos y los puso en el respaldo de uno de los sofás modulares, y se balanceó torpemente, con el clarinete erecto en su boca.

—Charley... —musitó—. Charley Mingus. Tío, escucha ese contrabajo...

Cerré los ojos y lo escuché, dejando que mi cuerpo lo sintiera. El sonido rodeó mi cuerpo y lo abrazó, envolviéndolo, acariciándolo, confortándolo. Una mano me desabrochó el corpiño y me lo sacó por la cabeza.

—Sí... —suspiró George—. Sí...

Me solté el sujetador y lo lancé.

—Eres preciosa —susurró George—. Eres realmente preciosa, tío...

La música empezó a animarse. Al contrabajo de Mingus se sumaron unos cuantos instrumentos de viento, un piano y la batería. Era animada, intensa y genial.

La música cesó, pero yo seguí bailando. A continuación George puso otro disco y un piano declaró: «Algún día vendrá, el hombre al que amo». Y entonces los dedos de Art Tatum envolvieron la melodía, la abrazaron, la dominaron, la acompañaron. Pero con suavidad. Con elegancia. Con serenidad.

—«... de la que él nunca se irá...» —tararé.

George subió el volumen. Estaba alto, muy alto.

—Cántalo, querido Art... —Volvió a subir el volumen. Lió otro porro y me lo acercó a los labios—. ¡Así se hace! —me dijo, y también dio una calada.

Esperé, deseando sentirme colocada, deseando flotar. Quería sentirme ingrávida. Quería que mi mente se detuviese. No pasó nada. No sentí nada.

—Menuda mierda —dije—. Como todo lo demás. Como la vida misma. —Me entraron ganas de llorar.

George se había quitado los eslips rojos. Su pene era mediano y estrecho. Estaba empinado, enano en comparación con el clarinete de su boca. Pensé en las palabras de Winston Churchill: «Si la talla de un hombre está en el tamaño de su pene, un gorila es cien veces más hombre que yo».

Y eso también era una mierda. Churchill y su puro. George con su clarinete. Dio otro bocinazo estúpido y se fue hacia el dormitorio, y yo lo seguí con mis tacones altos y mis medias negras.

La cama no estaba hecha. Me sentí culpable. Estaba convencida de que el chico había estado durmiendo ahí, de que yo lo había despertado al llegar y de que por eso había salido a la noche fría y lluviosa con la cabeza mojada. Por otra parte, parecía que nunca hacían esa cama. Las sábanas tenían un estampado geométrico marrón y negro. No me gustan las sábanas de estampados llamativos. No son relajantes. Prefiero las lisas. O blancas.

La marihuana esa me estaba subiendo. Me volví hacia George, lo rodeé con los brazos y él me besó en los labios. Lo estreché con fuerza y lo besé una y otra vez.

Él me puso las manos en los pechos y exclamó:

—¡Qué maravilla de tetas! —Y las besó. Nos sentamos en la cama y me besó en la boca, el cuello y los pezones; luego nos tumbamos boca arriba. Las sábanas estaban húmedas. Procuré no respirar hondo. Detesto el olor de las sábanas sucias. Reprimí las náuseas.

Él cogió mi mano y la guió hasta su pene. Pensé: «Vete al infierno, Churchill. Deja salir al gorila». Porque el pene de George no era como el de Simon. El de Simon era grueso y me llenaba la mano. Era gordo. Solía decírselo. A él le gustaba oírlo. Se vanagloriaba de ello. No es que yo sea una experta en penes. Simon fue el primero y el único durante veintiocho años.

George se arrodilló a horcajadas sobre mí. Su pene se balanceó encima de mi cara. Se curvaba ligeramente, como las comisuras de su boca. Una boca de media luna. Una polla de media luna. Me estaba sonriendo con su sonrisa bobalicona y ausente.

—Cómemela —me dijo.

—Yo no hago esas cosas.

—Pero me gusta —repuso con asombro.

—No. —Decepcionarlo hizo que me sintiera culpable.

Bajó y se me tumbó encima. La curva de su pene dificultaba la penetración. Lo cogí con la mano y lo guié adentro. Me sorprendió descubrir que estaba completamente húmeda, porque yo no sentía nada. Ni interés ni deseo. Tan sólo quería que aquello acabara. Sentí mi cuerpo debajo de él, dibujando suaves círculos, luego más deprisa, girando y girando, arriba y abajo, abriendo y cerrando los músculos de la vagina. No quería decepcionarlo. Quería ser una buena amante. No quería que se arrepintiese de haberme llevado a su casa y haber echado a su hijo por mí. Una hace lo posible para contentar a los demás, tío...

—¡Sí! —jadeó—. ¡Qué bien! Me estás follando a base de bien.

Yo abrí los ojos y lo miré a la cara, donde tenía pegada esa estúpida sonrisa de asombro. No me gustaba. No me gustaba lo que me estaba diciendo.

Pero empecé a excitarme. Me dije: «Ya que estás aquí, por lo menos disfruta». Le empujé el tronco hacia atrás, con lo que su peso quedó concentrado en su entrepierna y pudo penetrarme con más fuerza. Yo estaba muy mojada y no notaba del todo su pene dentro de mí. Él estaba sudando y me daba miedo que

no pudiese aguantar mucho más. Para entonces estaba muy excitada, así que lo obligué a descabalgarme, me puse boca abajo, lo guié de nuevo adentro desde atrás y situé una de sus manos debajo de mí, en el clítoris. Crucé las piernas y me moví deprisa arriba y abajo. Es mi postura favorita. Así me corro más rápido. Me estaba dejando la piel; estaba a punto de correrme. A punto... Me moví con desesperación. Pude notar que a él le faltaba poco para acabar. Y de repente gimió y retiró la mano de mi clítoris. Noté cómo se corría. Entonces rodó boca arriba.

—Follas muy bien —resolló—. Has empezado despacio, pero ¡qué manera de follar!

Me disgustó lo que dijo. Mi frustración interna era tremenda. Necesitaba correrme urgentemente. Pensé en masturbarme. Podría haberlo hecho, si la habitación hubiese estado a oscuras y él no hubiese estado mirándome, pero me daba vergüenza. Me sentía cohibida. Él me había fallado y yo estaba avergonzada.

Entonces, cómo no, quiso saber si me había corrido. Sabía que me lo preguntaría. No porque yo le importara. Era una cuestión de ego. Si yo realmente le importara o significara algo para él, no tendría que preguntármelo.

—Sí —contesté.

Me horroriza que me pregunten eso. Me da vergüenza, como si el hecho de no tener un orgasmo pudiera ser una decepción para él; como si fuese un fallo mío.

Se tumbó boca arriba con su flacucho pene arrugado como una salchicha asada y fría. Cogió el clarinete, se lo puso en la boca, tocó unos cuantos sonidos y se lo sacó, se rió y se lo volvió a meter en la boca, sosteniéndolo en alto. Parecía que estuviese chupando un pene gigantesco. Yo me levanté y fui al lavabo. La frustración era casi insoportable. Casi había llegado al clímax. ¿Por qué no me había corrido más deprisa? ¿Por qué tardaba tanto? ¿Qué me estaba pasando?

Se me pasó por la cabeza echarme en el suelo encima de una toalla y masturbarme, pero no me vi capaz. No era tan espacioso

como para tumbarme y estaba demasiado sucio. Las toallas olían mal. Me pregunté cuándo las habrían lavado por última vez. Y seguramente habría cucarachas. Había visto una en un rincón húmedo del fregadero. Una grande.

Me lavé y regresé al dormitorio. De nuevo me pregunté cuándo habían cambiado las sábanas por última vez. El estampado negro, marrón y color canela podía disimular ciertas manchas, pero no los olores. Debía de haberlas comprado una mujer. Una de sus relaciones importantes. Eran las típicas de estampado masculino que una mujer compraría para un hombre.

La almohada tenía un gran cerco húmedo. El clarinete estaba encima, descansando majestuosamente. ¿Y si me lo tiro?, pensé.

George estaba boca arriba, fumando un cigarrillo, y al entrar me miró.

—Será mejor que me vaya —anuncié.

—Me has follado a base de bien, tío.

¡Ojalá pudiese decirle lo mismo!

—¿Amigos? —preguntó con inquietud—. ¿Serás mi amiga?

—Sí.

Me sonrió como si se hubiese sacado un gran peso de encima.

—Acércate un poco, mmm... —pidió tratando de recordar mi nombre.

Allegra se había esfumado.

—Anna —dije—. Me llamo Anna.

—Acércate un poco, Anna.

A su lado, el clarinete coronaba la almohada. Tenía una mano descansando tranquilamente en sus huevos, que acariciaba con suavidad, tierna y distraídamente. La otra mano sostenía un cigarrillo. Tiró la colilla en un cenicero lleno de colillas viejas, me agarró y tiró de mí para que me tumbara en la cama junto a él. Rodeé su pecho escuálido con los brazos.

—Tengo que irme —insistí.

—No te entiendo. No has querido mamármela.

No contesté. Lo abracé. ¿Por qué no podía quedarse callado y dejarme fingir? Me sentía tan triste... tristísima. Tenía ganas de llorar. Quería que alguien me abrazara.

Se incorporó y se sentó. Su pene volvía a estar duro, apuntaba hacia su barriga. Levanté la vista hacia su cara. Parecía beatífica y relajada. Me levantó la cabeza y la acercó a su muslo, cerca de su pene. El vello de alrededor estaba pegajoso. Pude oler el semen acre. Pude oler viejos jugos allí adobados. El hedor era insoportable. Me estaba ahogando. Abrí la boca para coger aire.

—Quiero que me la chupes —reclamó.

—No. —Me estremecí.

—Pero me gusta —insistió enfurruñado.

Hice ademán de levantarme. Él me giró la cabeza y me metió el pene en la boca. Yo me resistí, tenía arcadas. Él me sujetó la cabeza, presionando con fuerza. El vello pegajoso me invadió las fosas nasales.

—Chupa, chupa... —canturreó.

Sentí arcadas, traté de respirar, de soltarme, de gritar, noté que el pene se endurecía como si fuese a estallar, noté la palpitación, el hedor, el horror. Y entonces una mucosidad pegajosa me llenó la boca, pero él siguió sujetándome la cabeza contra esa baba mientras suspiraba: «¡Sí! ¡Qué gusto! Me la has mamado a base de bien...»

Desesperada, furiosa, apreté los dientes contra la carne envuelta en moco de mi boca y mordí. Mordí con todas mis fuerzas.

Le oí chillar. Sus manos empezaron a golpearme en la cabeza y tirar de mi pelo. Pero George seguía sujetándome la cabeza contra su entrepierna. Mordí más fuerte, con desesperación, saboreando otro líquido espeso, salado y asqueroso, vagamente consciente de sus gritos mientras sus manos me aporreaban con

furia la cabeza. Palpé con las manos junto a mí. Se cerraron sobre el clarinete. Lo levanté y golpeé como una loca en su cara y su pecho.

Sus manos me soltaron. Su cuerpo se desplomó. La ira se apoderó de mí. Algo surgió de lo más hondo de mi ser, algo enterrado que estalló. Explotó. No pude sentir nada más. Jadeando, con arcadas, me incorporé y lo golpeé en la cara, lo apaleé y lo aporreé hasta que ya no pude mover los brazos y me quedé sin fuerzas. Bajé a rastras de la cama y me metí en el lavabo tambaleándome. Aún tenía el clarinete en las manos. Estaba ensangrentado. Lo tiré en la bañera, me metí yo dentro y abrí el grifo de la ducha. Me lavé la boca. Me la lavé con jabón y luego con pasta de dientes; después me la enjuagué con un elixir bucal y repetí el proceso entero. Gasté todo el elixir. Me duché y volví a lavarme la boca. No lograba sacarme aquel regusto horrendo.

No quería secarme con una toalla sucia. Encontré el armario de ropa blanca al lado del cuarto de baño y extraje una sábana limpia, con la que me sequé y me envolví. Con un extremo de la misma cogí el clarinete empapado y lo sequé. Esperaba no haberlo estropeado.

Regresé al dormitorio con el clarinete. Quería pedirle disculpas a George. Explicarle cómo me sentía. Su cara era irreconocible. Era una masa informe y sangrante. No era un rostro reconocible. Podría haber sido de cualquiera. Podría haber sido de Simon. No pude ver nada más. Había demasiada sangre en su entrepierna como para ver nada.

Al principio no noté nada. Después, poco a poco, empecé a sentir calor. Rubor. Fiebre. Mi corazón empezó a latir deprisa. Sentí algo más que alegría. Sentí liberación. Éxtasis. Júbilo. Sentí venganza. Estaba feliz.

—Te odio, Simon —dije. Lo repetí—: Te odio. Te odio, Simon.

Dejé con cuidado el clarinete al lado de aquel hombre. Fui

al salón. El disco seguía sonando. Con fuerza. «Algún día vendrá...» Con serenidad, con elegancia. El volumen estaba muy alto. Y yo sin oír nada.

Doblé con esmero la sábana con la que me había secado. Me sentía alegre, aturdida. Ingrávida.

Pensé que debería bajar el volumen de la música, pero no sabía cómo se hacía. Y no logré dar con el imperdible de mis pantalones. Daba igual. El cinturón plateado me sujetaría la cintura.

El hombre tras el mostrador de la portería estaba ocupado hablando con una puta adolescente. No me vio.

Había parado de llover. El aire olía a limpio y puro. Me sentía bien. Realmente bien. No sabía por qué estaba llorando.

No fue hasta que llegué a casa que caí en la cuenta de que me había llevado la sábana, pero había olvidado el paraguas. Tendría que volver, dejar la sábana y coger el paraguas. No puedo permitirme el lujo de seguir perdiendo paraguas.